

## Virtudes y posibles riesgos de los talleres de escritura creativa

Regina SALCEDO\*

**M**e gustaría comenzar este artículo explicando brevemente, y desde mi experiencia, qué supone participar en un taller de escritura creativa. Es muy posible que a algunos les resulte innecesaria tal aclaración, pero como coordinadora de talleres literarios en una ciudad con poca tradición en este tipo de actividades, he comprobado que aún sigue habiendo mucho desconocimiento en torno a ellos. Todavía me encuentro con gente que se inscribe sin tener muy claro dónde se mete o con qué expectativas puede presentarse. Otros ni siquiera reparan en la utilización de la palabra *taller* o bien, si lo hacen, piensan que obedece a una mera tendencia estética, por otra parte, bastante sobreexplotada hoy en día.

Desde luego, para mí la elección del término no es algo arbitrario sino que pone de manifiesto el **carácter práctico y participativo** que va a tener esta actividad y que es el rasgo que la distingue de las metodologías de otras propuestas tales como cursos, conferencias, charlas y seminarios sobre Literatura. Esto puede parecer una verdad de Perogrullo, pero con frecuencia me llegan alumnos *despistados* que acuden al taller con la misma disposición que si fueran a recibir una clase magistral dictada por un profesor, y donde su papel se limitará a una *pasiva* toma de apuntes. Incluso alguno ha llegado a exclamar horrorizado si *de verdad* iba a tener que escribir.

49

A un taller de escritura, como a un taller de pintura o de cerámica, debemos acudir dispuestos **a trabajar y compartir**.

El taller es un **espacio privilegiado** donde encontrarse con gente interesada en la Literatura y esto no es algo tan sencillo de conseguir como pueda parecer a primera vista (y menos en núcleos de población pequeños). Para mí, una de las mayores satisfacciones es comprobar cómo algunos participantes continúan relacionándose tras terminar un taller, bien para comentar sus obras y sus lecturas, bien para iniciar proyectos literarios por su cuenta. Entrar en contacto con gente con inquietudes similares a las nuestras es uno de los aspectos más gratificantes y enriquecedores de los que el alumno puede beneficiarse.

Volviendo al carácter práctico del taller, no quiero dar a entender con esto que en él se vaya a dejar de lado la parte teórica; es imprescindible ir asentando unos conocimientos previos sobre técnicas narrativas, unos cimientos sobre los que ir construyendo, pero digamos que más que dar dicha teoría lo que hacemos es discutirla y verla enseguida en funcionamiento, y qué mejor modo que leyendo, saboreando y desmontando entre todos los textos de excelentes autores.

---

\* Imparte talleres de escritura creativa en los Civivox (Centros de Cultura) de Pamplona

Asimismo, también se llevarán al aula las reflexiones sobre distintos temas literarios (muchas veces opuestas) de distintos escritores o críticos, como poéticas, decálogos, entrevistas, ensayos, etc. que conduzcan al grupo a un fructífero intercambio de ideas y opiniones.

Normalmente, trato de intercalar en este punto (antes de pasar a la práctica escrita de la que hablaré más adelante) algún ejercicio grupal de carácter lúdico y multidisciplinar porque, de esta forma, los alumnos se relajan, se desinhiben, se sienten más cómodos y su imaginación, estimulada desde distintas tácticas y soportes (fotografías, música, objetos reales, juegos surrealistas, etc.) se pone a trabajar a toda máquina: libremente, sin censuras, *pero con la seriedad del niño que juega*.

Estos juegos literarios son importantes porque, además de crear un buen ambiente entre los compañeros, nos ayudan a sacar a la luz los recursos expresivos propios menos evidentes, nos conectan con un mundo interior rico y sobre todo único y personalísimo.

El siguiente paso, el que nunca falta en una sesión de escritura creativa, consiste en llevar a la práctica, por medio de un **ejercicio escrito ahora guiado**, la teoría que hemos estado viendo y con la que hemos estado experimentando de una manera más bien intuitiva. Aquí gana presencia la parte lógica y reflexiva del pensamiento. Tras haber comprendido, por ejemplo, cómo puede erigirse un personaje inolvidable y ver de qué recursos disponemos en nuestro interior para crearlos, lo que toca es asimilarlo y conseguir plasmarlo por escrito. Uno no es realmente consciente de las dificultades que entraña dar vida y entidad a un ser de ficción hasta que no se pone firmemente a ello, y lo que es más importante, en adelante a nadie le volverá a pasar desapercibido el buen o mal hacer de un escritor a este respecto. Y lo mismo ocurrirá a la hora de aprender a apreciar y valorar los diálogos, la trama, las atmósferas, el tono o el lenguaje de nuestras posteriores lecturas.

50

Estas prácticas nos permiten **progresar, conocer las técnicas, y explorar y jugar con el lenguaje**.

Si el alumno consigue comprender esto, seguro que echará por tierra muchos de los temidos bloqueos creativos que nos acechan y podrá sacarle al taller el mayor partido.

John Gardner, en su libro *El arte de la ficción*, señala lo siguiente sobre la práctica escrita:

“Al trabajar elemento por elemento y tocar todas las partes necesarias de la ficción, [*el alumno*] debería hacer de la técnica esencial una suerte de segunda naturaleza y apropiársela a fondo, de modo que pueda emplearla cada vez con mayor destreza, con mayor sutileza, hasta poder por fin construir sin mayores esfuerzos todo un mundo imaginario, pensamientos enormes, sí, pero compuestos de detalles muy concretos, tan rico y complejo, tan atterradoramente sencillo que nos asombre al leerlo, como nos ha de suceder siempre ante una obra de arte realmente grande.”

Más tarde añade:

“Una de las ventajas propias de esta aplicación es que los alumnos podrán descubrir lo buenos que son, y éste no es un asunto baladí. Cuando los integrantes de una clase descubren los buenos que son (y debo decir que los estudiantes, cuando se ponen a trabajar sobre **un pro-**

**blema limitado y definido con claridad**, son en su inmensa mayoría asombrosamente buenos), la clase pasa a ser algo mucho más excitante.”

Las prácticas que se proponen en un taller de escritura creativa son precisamente eso: problemas literarios, limitados y definidos que el alumno trata de resolver con la mayor solvencia. Su objetivo es doble: por una parte intentan ser lo suficientemente sugestivas para estimular la creatividad del alumno, y por otra, al ser precisas y estar bien delimitadas, pretenden ir más allá de este mero trampolín para la imaginación y constituir una vía de exploración y conocimiento de los distintos recursos literarios. Por eso, siempre es necesario insistir en que *no todo vale*, en que el ejercicio que propone el profesor entraña una especie de *misterio* literario que resolver y que las claves residen en su mismo enunciado y en una reflexión sobre las cuestiones teóricas que se han estado analizando anteriormente.

Suelo aconsejar a los alumnos que dediquen más tiempo a reflexionar que a escribir. Cuando un alumno se lanza sobre el papel de inmediato, por lo general no suele obtener buenos resultados. La reflexión debería ocupar al menos la mitad del tiempo dado para la realización del ejercicio, al menos cuando se empieza en un taller de estas características. Es el momento de hallar las preguntas pertinentes; para conseguir este efecto determinado ¿qué tipo de narrador puede ser más efectivo? ¿es mejor contarlo en presente o en pasado? ¿cómo gradúo la tensión? ¿qué tono es el más adecuado?

Es perfectamente normal que cueste un poco al principio entender el funcionamiento de la práctica escrita y, como decía, casi todos los alumnos suelen comenzar utilizándolas como una excusa para lucir su valía personal, aunque lo escrito no tenga nada que ver con lo propuesto. Cuando se encuentran con la escueta observación del profesor: “No es lo que se pedía” suelen llevarse una pequeña decepción. Si ésta sirve para que entiendan por dónde van los tiros, no será tiempo perdido y en adelante se centrarán en lo importante; si su ego es demasiado grande y frágil quizá no vuelvan a aparecer por el taller (no sería el primer caso, siempre hay gente que no admite que le corrijan). Una vez hechas unas cuantas prácticas, el alumno se habitúa (y normalmente también se *engancha*) a este método de trabajo y enseguida sabe organizar las piezas del puzzle a componer. Las piezas pueden ser las mismas para todos y, sin embargo, el resultado, la imagen final que cada uno disponga, nunca será la misma.

Una vez explicado el funcionamiento básico de un taller de escritura creativa quisiera terminar exponiendo lo que, a mi juicio, han constituido los **principales escollos y peligros** con los que me he encontrado.

Como he dicho al principio, en un taller de escritura uno de los objetivos esenciales es que los participantes comiencen a *apreciar* y a *entender* en qué consiste, cuál es el verdadero valor de la obra literaria, y no el salir convertidos en escritores *profesionales* listos para publicar la novela del siglo.

Uno no se hace escritor por acudir a un taller literario, pero desde luego, si se lo toma en serio y persevera, su escritura mejorará con el tiempo. No conozco ningún buen escritor que no haya sido primero (y siga siéndolo siempre) un *agudo* lector, que no haya establecido su pro-

pia relación con la literatura, es decir, que no haya realizado sus propias reflexiones, que no haya planteado sus propias preguntas y encontrado sus propias respuestas (aunque éstas sean provisionales).

Y éste suele ser uno de esos obstáculos con los que me topo a menudo: la prisa. La prisa es la peor compañera en este viaje pero, por desgracia, son habituales los alumnos que llegan a los talleres de escritura pensando que les proporcionarán una especie de fórmula mágica con la que convertirse *ipso facto* en el próximo premio Herralde y quedan desalentados cuando ven el largo camino que se revela ante ellos (con esto, evidentemente, no me refiero a que no sea lícito y lógico aspirar a publicar la propia obra).

Esta impaciencia viene dada en parte por la perniciosa asociación que se ha ido asentando en nuestro tiempo entre esfuerzo y disfrute. La idea es que si tengo que esforzarme en mi escritura, releer, reescribir, pulir y repulir una y mil veces hasta conseguir un texto de calidad, ya no es algo divertido ni gratificante. También aquí ha hecho bastante daño la romántica idea de las musas dictando de un tirón al escritor una obra maestra. Si las musas realmente guían a alguien suele ser a escritores que han desarrollado, a base de mucha práctica y más lecturas, un oído especial para reconocer el lenguaje secreto de cada historia. Huelga añadir que la inspiración tampoco está reñida con el trabajo.

Por eso también es mi propósito que los participantes de estos talleres rompan esa falsa relación y descubran que trabajar un texto, aun siendo una tarea esforzada, es también una tarea de la que se goza, sobre todo cuando uno va percibiendo mejores resultados.

## 52

Otro problema frecuente en los talleres es la falta de una actitud crítica adecuada por parte de los alumnos hacia la información que les va llegando. En mi opinión, debe buscarse un punto intermedio entre la férrea impermeabilidad y la aceptación total y sin cortapisas. Hay quien llega con una actitud defensiva que resulta de lo más estéril y otros a quienes cualquier cosa les parece bien siempre que lo exponga alguien con más autoridad en la materia (y aquí incluyen a todos los que no sean ellos mismos); no se atreven a sacar sus propias conclusiones. De esto se deriva, precisamente, uno de los miedos, de los peligros a los que siempre me enfrento como coordinadora; el de terminar imponiendo mis criterios, sentando cátedra, digamos, y acabar encauzando a los participantes también hacia un estilo de escritura determinado. Recuerdo un comentario de Hipólito G. Navarro en referencia a los riesgos que entrañan estos talleres que se me quedó muy grabado. Dice:

“Ojalá me equivoque, pero a lo peor de aquí a unos años descubrimos que se escriben sobre todo cuentos que pudiéramos llamar tallerets, y que responden al conjunto de normas que se dan en muchos de los talleres de escritura que proliferan en nuestro país.” Y continúa: “Creo que el cuentista tiene que vivir sobre todo de su singularidad, de ser distinto de todo lo demás. A mí desde luego me gusta el cuento completamente libre, el bicharraco cuento indomesticable, ese al que no le duelen prendas darle un zarpazo al mismísimo autor que le dio la vida.”

Mi tabla de salvación en estos casos es tener siempre presente que mi labor es la de *mostrar los caminos* y no la de imponer una única vía. Trato de situar los utensilios del escritor al

alcance de los alumnos, enseñar cómo se manejan, o al menos, cómo los han utilizado diversos autores a lo largo de la historia, y luego dejar que experimenten, jueguen con ellos y decidan cómo los pondrán al servicio de su particular escritura. Mi intención no es la de corregir el estilo de nadie sino, más bien, estimar la eficacia de sus obras, es decir, ver qué arreglos se pueden realizar para que todas las tuercas de la maquinaria funcionen con precisión en pos de un mismo objetivo: la mejor resolución de la idea que subyace entre las líneas del texto y de la que, a veces, ni el mismo autor es consciente.

En cuanto a la selección de los textos y los autores que van a trabajarse en clase comprendo que es ya una forma de acotar el terreno (como señala Rainer María Rilke “elegir es renunciar al horizonte”), y es cierto que resulta imposible, por mucho que intente ser objetiva, no dejar reflejadas mis propias tendencias literarias.

Pero es inevitable; hay que escoger un autor y, de ese autor, hay que decantarse por un determinado cuento, novela o fragmento.

Mi criterio de selección es, sobre todo, de carácter práctico; es decir, selecciono el texto que a mi entender mejor va a ayudar a comprender un determinado recurso narrativo, sin descuidar, por supuesto, cuestiones de calidad estéticas y representativas. Si tratamos de la construcción de personajes, por seguir con el mismo ejemplo, cómo no recurrir a maestros de la talla y habilidad de Chéjov. De entre las numerosas obras de este autor buscaré las que mejor se adapten a nuestras necesidades puntuales. Es evidente que, por mucho que nos centremos en este aspecto particular del texto, la calidad de todo el conjunto no pasará desapercibida a la sensibilidad de ningún buen lector y es mi deseo que los participantes del taller la descubran, se animen a seguir leyendo y aprendiendo de estos autores imprescindibles por su cuenta.

53

Porque otro de los enemigos de estos talleres (por lo general) es su corto tiempo de duración o mejor dicho, su falta de continuidad, que afecta finalmente al sentido último de esta propuesta y que lo diferencia de otros proyectos más ambiciosos y estables, donde los alumnos realmente interesados en la escritura pueden progresar gradualmente, y a lo largo de varios años, desde un nivel de iniciación a otros de perfeccionamiento.

En mi caso, y debido a la oferta cultural específica a la que pertenecen (son cursos ofrecidos por los centros cívicos que dependen del Ayuntamiento, planteados, no lo olvidemos, como *centros de ocio*), los talleres que imparto duran una media de tres meses, no tienen una prolongación, así que siempre tengo que empezar desde cero puesto que los alumnos no son los mismos. Esto genera una diferencia entre participantes muy significativa; los hay que se apuntan simplemente para probar algo nuevo, de forma puntual, aunque no hayan escrito jamás o apenas lean, y otros que realmente tienen una *vocación* hacia la escritura y la lectura y un bagaje literario más extenso. Esta diversidad (y no quiero decir que unos tengan más derecho que otros a inscribirse) resulta muchas veces frustrante y engendra, al menos en mí, muchas contradicciones. Porque evidentemente son expectativas y disposiciones radicalmente distintas y tratar de atender a unas o a otras genera objetivos y planteamientos también diferentes. Por eso, en un taller de escritura, que el grupo avance, que el taller funcione y que discurra

de una u otra manera depende en gran medida de las características de los participantes: nunca hay dos talleres iguales. Esto supone un reto estimulante (y como digo también desalentador en ocasiones) pues obliga a replantear y ajustar los parámetros continuamente. A diferencia de un curso tradicional, donde la materia que se imparte es fija y el aprendizaje depende básicamente del trabajo individual del alumno, aquí el aprendizaje se produce, en gran medida, por el camino del descubrimiento y el debate y cuanto más intensa es la participación, más intensa es también la retroalimentación que se genera entre los alumnos. A mi entender, la solución sería que existiesen unos estudios literarios reglados, estables y generalizados (como ya se ofrecen en algunos países) para atender a los alumnos que se plantean dedicarse seriamente a la escritura.

Mientras tanto, creo que no habrá ningún profesor de talleres de escritura que no atraviese ocasionalmente una serie de conflictos personales sobre estas cuestiones: ¿es *ético*, incluso provechoso, banalizar la literatura brindándola como si se tratase de una oferta de ocio más? ¿una oferta a la que uno puede apuntarse porque simplemente se ha quedado sin plaza en el curso de aqua-gym? No se trata de una visión elitista de la Literatura, sino más bien de guardarle el respeto que merece.

Son dudas que a mí me asaltan de vez en cuando y a las que todavía no puedo responder satisfactoriamente. Suelo sobreponerme a ellas recordando lo mucho que me gusta este trabajo, lo que disfruto cuando me encuentro con gente entusiasta y dispuesta, lo que me estimula para continuar aprendiendo cada día mientras preparo las clases y que me insta a poner lo mejor de mí en ellas. Al menos, en la medida que me es posible, trato de que la Literatura no pierda su parte de magia inaprensible (esa que no puede atarse a ninguna norma ni manual) y mucho menos su grandeza.